

de los federales con multitud de heridos, de muertos, y les obliga á replegarse. La emoción es inmensa. La guerra civil no sólo está ya declarada sino empeñadísima. En las primeras gotas de sangre que saltan se ahoga toda esperanza. El gobierno de París anuncia que los comuneros han sido atacados; pero no por las tropas de línea, fieles á la República, sino por los zuavos del Pontífice, por los chuanes de la Vendée, por batallones realistas con la bandera blanca y las lises de los Borbones, por los soldados del último imperio; por la monstruosa coalición de todos los monárquicos unidos en odio común á la democracia. Estas palabras indignan á la ciudad entera; y la conciencia pública con voto unánime decreta la salida en masa. El 2 de Abril reemplazaba el grito universal de á Versalles, el antiguo y fatídico grito de á Berlin.

A la mañana siguiente, 3 de Abril, toda la Guardia nacional se pone en movimiento. El ruido de tambores, clarines, trompetas, fusiles, voces de mando, atruena los oídos. El aspecto de aquella muchedumbre es bien extraño con sus varios trajes de color oscuro unos, de encendido rojo otros, todos componiendo vistosas y movibles legiones en que, si no reina la disciplina militar, reina la variedad artística. A su vista los verdaderos patriotas se afligen y lloran. Todavía tienen aquellos soldados celo por sus deberes, fé en sus ideas, amor extraviado, pero al cabo amor á la patria, apostura militar, y resolución de combatir. ¿Por qué todo esto no fué aprovechado con celo y movido con decisión en contra de los alemanes? Ahora se levantan, corren á sus armas, las empuñan, las cargan no contra el extranjero invasor, contra sus propios hermanos ¡oh desesperación! y el extranjero, gozoso de haber domeñado á Francia y haber vencido á París, mira desde la tumba donde yacen los antiguos reyes, la furia delirante, la ciega demencia de los pueblos, y se regocija interiormente de tamaños desastres con la cruel alegría de la venganza. ¡Una

guerra civil despues de una invasion triunfante! ¿Puede darse nada más horrible?

El ejército se dividió en tres cuerpos. Uno, á cuyo frente estaba el general Eudes, debía operar en el camino de Clamart, teniendo por apoyo el fuerte de Vanves. Otro, á cuyo frente estaba el general Duval, iría por el Bajo Meudon, y Viroflay, bajo el amparo de Issy. El tercero, á las órdenes de Bergeret, el generalísimo, tomaría el camino de Rueil. El plan estaba pensado con madurez y decidido con audacia. Pero no tomaba en cuenta lo más grave, el Monte Valeriano, en poder de los versalleses, el gigante que con sólo suspirar levemente por sus cien bocas de fuego podía consumir como débiles aristas todos aquellos ejércitos.

¿Cómo no cayeron los comuneros en esto? La dirección militar tenía gravísimos, irreparables defectos. La gente roja echaba en cara á los conservadores de nuestro partido siempre el no haber dejado los mandos todos á la libre elección de los milicianos. Y lo primero que los rojos hicieran, llegados al poder, fué nombrar por su propia autoridad y arbitrio todos los generales. Y estos generales no tenían ciencia ni tenían experiencia. Faltábales al par la inspiración y la pericia. El error de los errores consiste en creer que tras cualquier barricada y en cualquier club se encuentra aperebido por la naturaleza un Carnot ó un Bonaparte. Los tres improvisados generales distribuyeron sus soldados y arreglaron su plan como si el Monte Valeriano hubiera desaparecido de los alrededores de París. No lo olvidaron ciertamente; pero creyeron que les pertenecía. Contaban seguro, no sé por qué género de ilusión ó de engaño, el comandante de aquel fuerte, y en lugar de evitarlo, operaron como si hubiera de apoyarles y de servirles en sus ilusos planes.

Era casi de noche cuando las tropas mandadas por Bergeret atravesaban la puerta Maillot, se reunían sin ningun obstáculo allen-

de el puente de Neuilly, y se paraban en Bergères. Mas una vez allí, y al intentar proseguir su camino, terrible cañoneo vomitado por el Monte Valeriano siembra el terror en el alma de aquellos soldados, la muerte en sus olas. ¡Qué contraste con la alegría de aquella noche, con el cántico en coro de los batallones, con las hogueras de los campamentos, con los tragos en las cantinas, con la esperanza de una próxima y ruidosísima victoria, con el febril entusiasmo!

Mas reframos las particularidades de esta tragedia. Eran las cuatro de la mañana cuando el general Bergeret se presenta conducido en carretela abierta de que tiraban dos briosos corceles. Acercábase radiante de alegría, satisfecho, esperanzado, porque al atravesar los Campos Eliseos, le habían aclamado como héroe y habían bendecido su cercana victoria. Colocóse Bergeret en el centro de su ejército y dió la orden de marcha. Algunos de sus jefes de Estado Mayor veían recelosos el fuerte que se dibujaba á lo lejos como una misteriosa amenaza; y el general los tranquilizaba diciendo que, guardado por la marina, podían tener seguridad, evidencia de su neutralidad.

Estaban á ochocientos metros del fuerte. Ningun tiro se había disparado todavía más que alguna respuesta á las pequeñas molestias suscitadas por los exploradores de la vanguardia versallesa. De pronto, granadas, bombas, metralla, tendiendo sus nubes de humo y el estrépito de sus estallidos por los aires, pasan como bandada de aereolitos, sobre la cabeza de los comuneros antes sorprendidos que aterrados. Aquello sólo había sido una intimación, una advertencia. Pero á esta advertencia, y á esta intimación, siguió otra descarga de más certera puntería y de peores efectos. La confusión viene en pos de estas nuevas agresiones; los milicianos se tienden boca abajo para evitar los efectos de las bombas; el aire se llena de siniestras nubes de humo y el suelo se remueve como sacudido por terremotos; una parte considerable de los ménos

amenazados se dispersa en todas direcciones, presa de ciego terror, y gritando como en todos los casos adversos venta y traición; los mulos y caballos de ómnibus se espantan al resonar de la vocinglería, de las carreras, de las descargas, y arrastrando las baterías de ametralladoras y las cajas de municiones aumentan el pánico terrible con la disminución de los medios de defensa; los caballos del general se desbocan, y su carretela vuelca en un sembrado; mientras los batallones, que en aquella desbandada pudieron tener alguna disciplina y guardar alguna serenidad, se retiran al amparo de los fuertes y ven que la triunfal salida se ha convertido en vergonzosa derrota.

Flourens permaneció sereno en medio del terror; firme entre los desbandados. En vez de temer, se alentó; en vez de retroceder, se adelantó. Creía llevar en sus manos la República; y se acercaba al ara de la muerte, como si fuera al risueño altar de la victoria. Su fantasía era fantasía de poeta; su corazón era corazón de héroe; en el suelo de Grecia aprendió las dos primeras condiciones del heroísmo; amor al combate, menosprecio á la muerte. En la atrevida marcha alcanzó el pueblo de Chatou. Sus gentes, valerosas y enérgicas de suyo, le seguían delirantes y animadas por su valor y su energía. Ninguno volvió la espalda al enemigo. Todos miraron frente á frente y con sereno mirar la muerte. Pero un destacamento de guardia republicana, verdaderos veteranos, muy probados en cien batallas, le sorprende, y le cerca. Flourens se refugió con ardimiento en su menosprecio sublime de la muerte, y disparó con resolución un tiro sobre el oficial de aquella tropa. Este oficial se arroja sobre él con celeridad, y le asesta formidable sablazo á la cabeza y le tiende exánime á sus plantas. Así murió este jóven sublime que de la cátedra pasara á las barricadas, de Francia á Creta, de Creta á Grecia, y de Grecia nuevamente á Francia, para vivir y morir en los combates

como si antes que una victoria para sus principios, buscara un pronto fin para ser héroe y mártir de su exaltada fé.

Veamos el resto de las operaciones. A las cuatro y media de la mañana, los comuneros, que operaran sobre Clamart y el Meudon de abajo, dejaban París; y á las seis, emprendían su marcha. Duval iba sobre Clamart; Endes sobre Meudon. A los pocos pasos el combate se empeñó gravemente; y el fuego se generalizó en toda la línea. Tres veces trataron de romper las haces enemigas, y tres veces mordieron el polvo. Preciso es decirlo, tenían los comuneros en frente tropas de una gran superioridad militar; pero atacaron resueltamente, con furia; y se defendieron con dominio de sí mismos y con verdadera solidez. Mas despues de muchos encuentros parciales, de muchos combates sin resultado decisivo, á las cuatro de la tarde, comenzaron los federales á retroceder, y tal retroceso, que comenzó por una tranquila retirada, estuvo á punto de convertirse en verdadera fuga. La fortuna mayor de los federales, consistió en que el fuerte de Issy, mandado á la sazón por Cluseret, les prestó verdadero apoyo, impidiendo que los persiguieran las victoriosas tropas de Versalles. El resultado de la batalla fué el veto definitivo puesto por Versalles á todo ataque; y la necesidad de permanecer desde aquel momento París y sus ejércitos, á la defensiva. De sitiadores probables se habian convertido los comuneros en sitiados. ¡Terrible desengaño!

Digámoslo en su honra. Duval supo morir. Era un joven; tenia treinta años. Exaltado de ideas pero valerosísimo de corazón, peleó y murió con nobleza. La Internacional le contó entre sus más fervientes apóstoles antes de la insurrección; y despues de la insurrección, la seguridad general de París entre sus más probos funcionarios. Aquel día estuvo en todas partes, y alentó á sus soldados, sereno y entero ante los mayores pe-

ligros. Cogido prisionero, él mismo pronunció su sentencia de muerte. ¿Qué hubiérais hecho de mí si me prendeis? le preguntó el general Vinoy. Os hubiera fusilado, le respondió Duval. Una respuesta así, en aquellas supremas circunstancias merecía perdón por lo atrevida y por lo heroica. Vinoy fusiló en el acto á Duval. Cuando los internacionales de París supieron la fatal nueva la comunicaron al Consejo superior de Londres en estos términos: «Todo va mal. Flourens muerto; Duval fusilado.» ¡Oh! dijeron los de Londres. «Muerto Duval, ya no tenemos de quien fiarnos, ni con quien contar.» Era verdaderamente aquella jornada una tremenda, una horrible, una irreparable desgracia para la revolución que sólo podía vivir con una rápida y segura victoria.

Tristes naciones aquellas donde no hay medio de establecer el orden sin apoyarlo en una dictadura. Los partidos carecen de disciplina; y los hombres más ilustres de autoridad. Las rencillas entre los jefes son innumerables y no encontrareis uno de ellos que hable bien de los otros, sin pensar que todos caen aplastados bajo el peso de la común ruina. A su vez las ideas no están bien definidas y concretadas. Unos robespieristas, jacobinos, en nombre de la República, sostienen el predominio absoluto de París sobre toda Francia, la dictadura de una ciudad. Otros, llevando el federalismo hasta la destrucción de la nacionalidad, quieren hacer de Francia un haz de municipios desligados. A esta incertidumbre sobre la organización política más adecuada á la democracia se une un gran menosprecio por la virtud y eficacia de los derechos individuales, y una exaltada esperanza en la reforma social, inmediata, instantánea, cuando sólo puede la reforma social ser obra combinada de la libertad y del tiempo.

En pueblo así no hay medio de que la prudencia sea oída, ni de que la conciliación sea realizada. La Asamblea, que se encerraba

en ruda intransigencia, desoyó toda conciliación desde aquel momento. Langlois exclamaba: esta Asamblea es una Asamblea de locos. Por nada en el mundo cederá á una concesión que acaso lo arreglara todo. Nadie creeria que, ocupada por el extranjero una gran parte del territorio nacional, reciente la primera mutilación de Francia, insurrecto París, agitadas todas las ciudades, planteado con letras de sangre y fuego el problema social, oyéndose los clarines de los prusianos desde los bosques de Versalles, próxima la capital á un nuevo sitio, encendida la guerra civil, se entretuviese Mr. Thiers con calma estóica en una sesión respondiendo á los ataques dirigidos desde fuera á su gobierno por el antiguo vice-Emperador Rouher, y echándose flores retóricas á sí mismo y al ministro del derruido Imperio.

Mientras tanto, se disipaba el entusiasmo de París. No fiemos mucho en el entusiasmo público. Es ruidoso, pero transitorio como la tempestad. No hagamos nada por la popularidad. Es como la espuma que corona la cima de las olas, fugaz y vana. Todo debe en el mundo político hacerse por sentimiento de justicia, por amor perseverante y anheloso á la libertad. Constitucionales, girondinos, dantonistas, robespieristas, sacrificados unos en pos de otros, enseñan á todas las generaciones cuán poco puede fiar el estadista en el entusiasmo de los pueblos.

No por complacencias con la popularidad, sino por sentimiento de justicia, debían los diputados de Versalles haber mostrado que nada meditaban contra la República. Lejos de esto, sus palabras eran amenazas, sus ac-

tos golpes á la única institución que puede redimir al pueblo francés de sus antiguas culpas. Nubes de reaccionarios acuden atropelladamente en torno de esa Asamblea de realistas. Los que adoran la legitimidad en el barrio de los fósiles, en el barrio de San German; los pretendientes al trono imposible del rey ciudadano, roto en las jornadas de Febrero de 1848; los imperialistas, los que han traído la última guerra sólo por forjar una corona de gloria á su odiosa dinastía cesárea; todos los réprobos del progreso, todos los enemigos de la civilización congreganse en numeroso ejército para esgrimir contra el corazón de sus conciudadanos las armas que no han sabido esgrimir contra los invasores y los extranjeros. MacMahon, hechura del héroe de Diciembre; Ducrot y Vinoy, sus senadores, corren á Versalles á husmear, como chacales hambrientos, el rastro de sangre que dejaron los franceses sobre la tierra de Francia. Dos cuerpos de ejército hay ya formados que están á las órdenes de generales imperialistas. Y no pueden contarse ni referirse los grandes cargos administrativos que los imperialistas han tomado en los rangos de la agonizante República. Esa Asamblea y la Comunidad delirante; y Francia padece.

Una afirmación decidida de la República en la Asamblea hubiera quitado gran parte de su autoridad á la insurrección. Pero la derecha de Versalles acaricia la utopía de la reacción, como los rojos de París acarician la utopía de la demagogia. Y del choque de estas dos utopías sólo podía resultar peligros para la libertad, ruinas para la nación.